c. 2

Distr.
RESTRINGIDA

LC/R.426
8 de mayo de 1985

ORIGINAL: ESPAÑOL

C E P A L

Comisión Económica para América Latina y el Caribe

LA JUVENTUD LATINOAMERICANA: ENTRE LA TRANSICION ESTRUCTURAL Y LA INCERTIDUMBRE DEL FUTURO

Este texto ha sido elaborado en base a la exposición del Director de la División de Desarrollo Social de CEPAL al clausurar el Seminario "Pensar la Mujer Joven: Problemas y Experiencias Preliminares", Santiago, diciembre de 1984.

85-4-637

RESUMEN

El texto se inicia con la consideración de la problemática de la juventud en una sociedad enfrentada a la también problemática alternativa de desarrollo y a su situación dinámica entre una sociedad no constituida en el pasado y una de futuro cuyo perfil es incierto.

Se consideran luego las especificidades de la región en cuanto universo no cristalizado y en el que por tanto las ideas juegan un papel muy importante, para luego revisar los rasgos más significativos de la evolución de la sociedad latinoamericana en las pasadas décadas.

La noción de transición estructural permite visualizar a los jóvenes tanto como beneficiarios que como víctimas de un proceso de cambio estructural profundamente traumático en el que se han desarrollado más que las condiciones objetivas de integración, las expectativas de la misma. El peso de los jóvenes, no sólo cuantitativo, en las opciones políticas, electorales y culturales de la región y el carácter que ciertas categorías de jóvenes asumen como introductoras para la sociedad adulta de nuevas pautas sociales, se le vincula a un concepto de juventud centrado en la etapa histórica y en la relación entre la misma y los otros grupos sociales.

La intensa participación de jóvenes en procesos políticos al igual que tendencias a la desmovilización por integración o por coerción son analizadas distinguiendo la diferenciación interna de la juventud según grupos sociales y condiciones culturales y diferenciando según los tipos de sociedades que existen en América Latina, clasificadas de acuerdo a diversos indicadores económicos y sociales para luego situar las posibilidades de expresión de la juventud como unidad según sean las condiciones de heterogeneidad social y de identidad nacional.

Finalmente, se consideran las contradicciones en las orientaciones culturales y el papel específico de la condición femenina juvenil para situar un posible o tal vez probable papel de la juventud hacia el futuro ante la doble crisis de la transición estructural y del limitado y contradictorio éxito de los estilos de desarrollo vigentes en la región.

/Cuando se

Cuando se considera el tema de la juventud en América Latina, la pregunta inicial es por qué ésta concentra de tal manera la atención. La primera respuesta es que hay sectores sociales e ideológicos que ven a la juventud como un problema; se la ve como excéntrica e inadaptada, lo que se expresa en drogas, música extraña, comportamientos que se juzgan con definiciones de por sí peyorativas. Es decir, se trata en cierta manera del rechazo de una sociedad ante un fenómeno que no comprende, ante un grupo que le inquieta porque no responde a los patrones previstos. Desde este ángulo la juventud es un problema para la sociedad, pero no se concibe la existencia de una problemática de la juventud.

Por el contrario, en la perspectiva que comenzamos a analizar aquí, la juventud es un fenómeno problemático, tal como la sociedad es un fenómeno problemático. Cuando se revisan las publicaciones sobre la juventud en los distintos países, queda muy claro que la mayor preocupación registrada es la de cómo socializar a la nueva generación en las pautas de la preexistencia. El tema de la juventud está muy condicionado por la inquietud de cómo lograr esta socialización, cómo proteger a una sociedad que, según decía Comte, está permanentemente invadida por "bárbaros", a los cuales es necesario integrar en la cultura. La sociedad se siente permanentemente asediada por la incorporación de nuevos sujetos cuya socialización es imperfecta; si fuera perfecta, la sociedad sería una sociedad sin historia, una sociedad que se repetiría a sí misma. Lo propio de nuestro mundo, y sobre todo en esta etapa de transición de sociedades, es estar permanentemente renovándose y cambiando; esto es cierto sea cual sea el juicio que nos merezcan los cambios y el signo que éstos tengan.

Es bastante claro que en América Latina el tema de la juventud tiene una dimensión específica. Mientras en las sociedades desarrolladas las posibilidades de cambio estructural son relativamente limitadas, en América Latina, por lo menos después de la segunda guerra mundial hasta la fecha, lo característico ha sido que hay muchos posibles, y que muchos posibles pueden ser probables. Es decir, que la definición de un destino y una forma de organización social están en ciernes: ni las estructuras sociales ni el cuadro de valores y normas están consolidados. Lo que es más importante aún, la transición desde sociedades no constituidas hacia otras formas no definidas ni predecibles abrió en América Latina un enorme campo a la concepción ideológica. La idea pura, la noción de proyecto a partir de una determinada teoría, ha primado sobre la proyección en

/las conciencias

las conciencias de la estructura social existente. De ahí la prioridad de la política y no de la administración, de ahí el valor de las ideologías. En América Latina, en estos años, hemos asistido a todo tipo de cambios políticos y a la confrontación de los modelos societales más opuestos. Junto a modelos políticos que tratan de establecer una pauta revolucionaria para el funcionamiento de la sociedad, que se conciben fundamentalmente como anticapitalistas, otros modelos han pretendido industrializar la sociedad y la economía con alta coacción y concentración; invocando el capitalismo, ciertos modelos reformistas intentaron la inclusión progresiva de la población en los bienes y servicios, mientras otros practicaban una regresión que tuvo como referente a la sociedad anterior a la industrialización y la modernidad. Cuando una piensa lo que ocurre en América Latina en lo político, toma una fecha inicial como 1958 (año revolución cubana) y revisa los cambios posteriores, sorprende la cantidad de experiencias, la secuencia de revoluciones y de cambios de modelos, la serie enorme de ensayos que tuvieron en común la noción de omnipotencia del poder para cambiar las sociedades. La temática de la juventud en América Latina es inseparable de las características de una región que no tiene aún definido su tipo de sociedad; como no lo tiene definido, malamente puede establecer patrones de socialización homogéneos para todos los jóvenes y lograr una integración satisfactoria. Dado el alto nivel de oposición y de conflicto interno en la sociedad, la situación de la juventud en América Latina adquiere un peso mucho mayor que en una sociedad corriente. Esta referencia, muy significativa a nivel político, no quiere decir de ninguna manera que los cambios hayan provenido únicamente de esa dimensión: han sido inducidos por la enorme transformación de las estructuras sociales.

Para los efectos de situar los grandes rasgos de esta transformación de América Latina ocurrida en las pasadas cuatro décadas, importa señalar el punto de partida. Desde la colonia hasta la mitad del presente siglo en la mayor parte de los países --especialmente aquellos constituidos sobre la dominación de la población indígena o esclava-- existió una continuidad del tiempo social en la sociedad rural (la excepción mayor fue la Revolución Mexicana), que se manifestó en una estructura social del tipo "hacienda", con jerarquizadas y rígidas relaciones de dependencia personalizada; en la exclusión cultural y

/educativa de

educativa de las grandes masas, y en la subordinación política, que hacía del proceso electoral una manifestación del poder de los propietarios de la tierra. Las ciudades, si bien registraron modificaciones sociales significativas, constituían "islas" en el universo rural tradicional. A partir de la crisis del modelo oligárquico de dominación, empieza un ciclo muy acelerado de cambios, entre los cuales puede citarse en primer lugar el crecimiento de la población: en 30 años ésta crece en 200 millones. (Es pertinente recordar que América Latina tenía la población de Estados Unidos en 1950; mientras ellos agregan 60 millones de habitantes, América Latina multiplica por más de tres ese crecimiento.) Esa población se urbaniza en forma acelerada: dos tercios de ella residen hoy día en centros urbanos, y hacia fines de siglo la proporción será de tres cuartos, lo que implica que las tasas de crecimiento de las ciudades de América Latina son de más del 4% anual acumulativo en el período 1950-1980. Las ciudades prácticamente han "explotado" porque, para asegurar un proceso no traumático, el empleo, la vivienda, los centros educativos y de salud tendrían que haberse ampliado a porcentajes anuales del 4 al 5% anual en promedio. A ello hay que agregar que la urbanización ha sido acelerada en los países de participación urbana más débil (Brasil, países andinos, México, etc.). Con el incremento de la población urbana surge una comunicación social mayor, y la población sale del "parroquialismo" para procurar una identidad nacional, lo que implica la participación política. Se producen algunos cambios en la "relación de la vida con la vida": los cambios en los patrones reproductivos. Las tasas de natalidad (que eran muy altas en la región y sólo bajas en algunos países de transición demográfica avanzada como los del cono sur) empiezan a modificarse aceleradamente, y en pocos años, muchos países cambian completamente su comportamiento, con lo cual el tamaño de la familia y las relaciones internas de ésta empiezan también a modificarse. Cambia la ocupación y la forma de inserción en el trabajo. Al respecto, basta pensar que antes más de uno de cada dos activos trabajaba la tierra, y hoy la proporción es menos de uno de cada tres; las personas que trabajaban en las ramas de transformación industrial eran uno de cada seis y hoy son uno de cada cuatro; los dedicados a los servicios --desde los tradicionales (por ejemplo, el servicio doméstico) a los más modernos como financieros, técnicos, educación, salud, etc.-- eran 29% y hoy son 42% de todos los activos. Es decir, hay una especie de torbellino de desplazamientos de población hacia ocupaciones nuevas y distintas, lo que va acompañado del incremento y generalización de las

/relaciones salariales.

relaciones salariales. Hay también una disminución de las actividades manuales frente a las no manuales --lo cual implica traspasar una histórica barrera en América Latina, donde el trabajo manual tenía y aún tiene una calificación peyorativa, menores ingresos y una dependencia regida por criterios autoritarios. Incluso en la rama de actividad secundaria, en muchos sectores fabriles, hay menos obreros manuales y cada vez más personas que trabajan en administración, ventas, diseño, publicidad, etc. En la parte media superior de la pirámide ocupacional se amplían las ocupaciones técnicas y ejecutivas, con las consiguientes repercusiones en la expansión de sectores sociales medios que se distinguen por el conocimiento y no por el capital.

Estos cambios fueron paralelos a importantísimos cambios educativos. América Latina en los años cincuenta era predominantemente analfabeta. En los censos, uno de cada dos adultos se declaraba analfabeto, lo cual quiere decir que los analfabetos funcionales eran un porcentaje muy superior. Si bien en los años ochenta algunos países siguen teniendo tasas de analfabetismo elevadas, incluso entre los jóvenes (por ejemplo Brasil y América Central), lo cierto es que se ha producido una caída muy brusca, y hay países donde el analfabetismo entre los jóvenes comienza a ser residual. La escuela, cuya presencia era débil en las poblaciones rurales, ha pasado a ser exigida, y en los centros urbanos se puede afirmar que todos los niños llegan a ella, aunque todavía, para el conjunto de la región, más de la mitad no la terminan. La educación media se generalizó a pasos agigantados en la mayoría de las ciudades, y la educación superior, que antes comprendía dos personas por cada cien jóvenes de 20 a 24 años, pasó a comprender una de cada seis. Este cuadro va acompañado por una transformación en las comunicaciones; la televisión y la radio han creado los circuitos de comunicaciones nacionales y, de situaciones de mínima comunicación física se ha pasado a una malla de relaciones materiales y sociales que posibilitan la construcción de la nación.

Los medios de comunicación de masas han tenido enorme significación tanto en la información e integración de las sociedades nacionales como en la internacionalización de la cultura universal dominante, especialmente en lo que hace a estilos de vida, pautas y valores subyacentes y percepción del logro a través del consumo. Asimismo, su papel ha sido fundamental en los procesos de ideologización; la educación ha tenido más a su cargo la socialización y el conocimiento,

/mientras los

mientras los medios de comunicación actuaron directamente, con información y mensajes, en la ideologización de las sociedades. Su éxito fue variable, según que el "corpus" ideológico correspondiera o no con los valores profesados por los sectores de la sociedad que pesan en la constitución de la opinión pública.

Lo anterior explica la serie de cambios registrados en la estructura de la sociedad. En este período se han sobrepasado muchas barreras, como las que separan lo rural de lo urbano, lo manual de lo no-manual, lo analfabeto de lo educado; ha habido cambios, fundamentalmente por la modificación de la estructura económica y social, y se ha propendido a crear algo así como una nueva forma de dualismo. La parte "nueva" de la sociedad tiene la diferenciación propia de las sociedades modernas, con clases y grupos sociales que se definen por los conflictos en torno a la acumulación y la distribución y por las imágenes de desarrollo; la parte inferior, por su parte, sigue relativamente indiferenciada, y predominan en ella la exclusión social y la pobreza. En el Seminario de la CEPAL y la Universidad de Buenos Aires realizado en noviembre de 1984, en torno al tema de los escenarios políticos y sociales del desarrollo latinoamericano, Fernando Henrique Cardoso analizó el proceso de Brasil señalando que el modo de producción capitalista se había implantado en el país y funcionaba con la tremenda paradoja de 30 millones de excluidos, lo que resultaba impensable para nuestros cuadros de análisis. El impacto de la penetración de las formas capitalistas en la sociedad ha sido tal que hoy día es muy difícil hacer una propuesta en el Brasil en términos socialistas revolucionarios, porque la sociedad percibe al capitalismo como locomotora de crecimiento; lo que se plantean los grupos sociales activos y mayoritarios, respecto del capitalismo, a diferencia de los términos con los que se lo ha definido en la periferia, es el cómo transformarlo para organizar una sociedad democrática participativa, justa y con control nacional de sus objetivos.

América Latina ha estado en este período en situación similar a la registrada en Europa hasta la segunda guerra mundial. Allí, bajo el impacto de las transformaciones capitalistas, se produjo una cantidad de movilizaciones sociales buscando nuevas opciones, que se manifestaron en la revolución soviética, en la revolución húngara, en fascismo y nazismo, en la guerra civil española. Es decir, la historia de Europa en ese período es una historia de definición de la sociedad a través de una cantidad de conflictos. Mutatis mutandis, también en

/América Latina

América Latina la transformación estructural está teniendo un efecto de desorganización de la sociedad, de convulsión política, de búsqueda de nuevos valores y modelos, lo que es propio de un ciclo de cambio en sociedades no cristalizadas. Por eso la política ha sido la principal y más conflictiva dimensión de la región en las décadas pasadas.

Esta noción de mundo no cristalizado debe ser considerada central para el análisis de la juventud. Los jóvenes están en el proceso de cambio, es decir, constituyen el grupo social que ha sido más afectado, más sacudido y también el que más se ha beneficiado de un ciclo de cambios en los cuales están insertos. Son tanto beneficiarios como sufrientes del proceso. Son beneficiarios porque, en las sociedades de mayor dinámica económica, para las posiciones ocupacionales nuevas, más expandidas (empleados, técnicos y profesionales) se ha preferido contratar jóvenes, porque sus niveles educativos eran los más altos; incluso, en los casos de países de cambio estructural muy acelerado (Ecuador, Panamá, Venezuela, por ejemplo) sólo entre los jóvenes existían las calificaciones requeridas. En ese tipo de país, al comparar el perfil educativo de la población joven con el de la población de 45 y más años, se tiene la impresión de considerar poblaciones correspondientes a dos sociedades diferentes; los últimos están en trabajos manuales agrícolas industriales, y los primeros están en trabajos de servicios modernos. Evidentemente, el cambio dependió de la tasa de crecimiento económico y de la situación de sociedad rural como punto de partida, pero también de una dinámica política. En las nuevas sociedades urbanas las demandas se aceleraron y la alta movilización social introdujo un fenómeno de negociación entre poder y grupos sociales, de suma importancia para reducir tensiones, que va a dar como solución la oferta educativa. La educación fue, teóricamente, el bien más accesible en este período, porque también era el bien más fácil de transferir sin afectar en lo inmediato ni la estructura de poder ni la del ingreso; fue además la forma de producir el salto entre la sociedad rural y la sociedad urbana.

Los jóvenes han sido también víctimas del proceso de inestabilidad, sin embargo, provienen de familias que ya no tienen capacidad de socialización, porque la dinámica de cambio no les permite a las anteriores generaciones transmitir a sus hijos valores, pautas e instrumentos adecuados a un tipo de

/sociedad al

sociedad al que no han podido integrarse plenamente. (Basta pensar como ejemplos en la condición de un nordestino campesino radicado en San Pablo, o en la discrepancia de los valores de un indígena rural de Chimborazo en relación a los prevalecientes en Quito, y así sucesivamente.) La experiencia biográfica de la generación pasada en relación a la de los hijos ha presentado la confrontación entre valores antiguos y modernos; se ha regido por socializaciones contradictorias, pues las socializaciones familiares son distintas a las socializaciones de la educación regular. Esta última contiene la socialización en el conocimiento (y el conocimiento implica, sea cual sea su carácter, universalidad y modernidad), que se desenvuelve en agrupamientos juveniles en que la socialización se realiza entre pares. Los jóvenes como tales han estado más expuestos, además, al impacto de la socialización transnacional de los medios de comunicación de masas. Todo lo dicho tiende a fijar la socialización familiar como un ámbito del pasado.

Los jóvenes han sido también los más frustrados en relación a las expectativas, porque lo propio de este período de transición es que todo régimen de poder ha tratado de crear altas expectativas como forma de diferir y controlar las demandas de participación social. En algunos casos se ha intentado transformar la demanda de participación en demanda de consumo de bienes, de satisfacción, de confort. El manejo de las expectativas en América Latina es un capítulo que merecería gran análisis, porque en la misma medida en que no se logró satisfacer necesidades mínimas (es decir, no se estableció un sistema de educación universal de calidad similar y accesible a todos, no se cubrió la demanda de empleo y de vivienda digna) lo que se hizo fue desarrollar un sistema generalizado de expectativas diferidas: las expectativas de la educación, vida urbana y ascenso social para los hijos. La sociedad ha funcionado permanentemente con expectativas. Cabe destacar además que el no cumplimiento de tales expectativas no se considera como una demostración de la incapacidad de la sociedad, sino de la incapacidad de las personas. Si la sociedad y el mundo están cambiando aceleradamente, si el discurso oficial enseña que en la sociedad hay movilidad, que es democrática y meritocrática, la responsabilidad por la falta de los logros esperados no sería del sistema social y de poder, sino de las personas; eso explica que en este período de tanto conflicto e inestabilidad se haya producido una transferencia

/de la

de la culpa del sistema de poder a los individuos. Los jóvenes, urbanos por nacimiento en su mayoría, cuentan con una oferta de servicios educativos aparentemente iguales y de calidad adecuada --importa a estos efectos la contradicción entre el discurso y la realidad. Si no logran integrarse a la parte moderna y dinámica de la sociedad, esto se atribuye precisamente al fracaso individual, a la falta de capacidad intelectual o de disciplina de trabajo; o, como a veces dicen los propios jóvenes en un discurso propio que internalizó el discurso del poder, a la falta de "suerte".

La juventud en América Latina ha pasado de ser una fuerza virtual muy evocada y reconocida como agente de cambio a ser una categoría con peso real, que puede generar una movilización social capaz de gravitar efectivamente en la definición de la orientación de las sociedades. Desde el punto de vista poblacional, América Latina siempre tuvo una estructura de edad relativamente joven; sin embargo, la juventud tiene ahora un peso social mayor, porque se expresa en ciudades. De acuerdo a las formulaciones de Durkheim sobre los fenómenos de volumen y de diferenciación, se puede afirmar que la juventud rural dispersa sólo contaba y cuenta como trabajadores jóvenes, mientras que los jóvenes urbanos, por el hecho de estar en las ciudades, constituyen un fenómeno de juventud. Es una juventud que se demora en entrar a la vida activa; las legislaciones sociales fueron retrasando su incorporación y los requerimientos de calificación, para desempeñar cualquier actividad de hecho impiden en las ciudades la incorporación de los más jóvenes al trabajo. Se ha creado incluso una "juventud forzada": a la espera de las condiciones objetivas para incorporarse a la sociedad, el joven es obligado a la preparación o al ocio. Esa juventud está concentrada, en parte en los barrios y poblaciones marginales, en las calles, y en parte en los centros educativos. Al considerar en el análisis político y sociológico las condiciones de emergencia de movimientos y actores sociales, se entiende que entre ellas están la concentración, la comunicación y el estar expuestos a condiciones sociales similares. Estos fueron los prerrequisitos del movimiento obrero al surgir la industrialización y la explotación de la fuerza de trabajo. Ahora, en América Latina, las mayores concentraciones existen en los centros educativos y en especial en las universidades, que tienen una población muy superior a la de cualquier empresa industrial. Pero además la distancia cultural y social entre jóvenes estudiantes y obreros tiende a reducirse, porque la

/expansión cuantitativa

expansión cuantitativa de los primeros ha implicado una base social menos selectiva, y porque la calificación de los segundos y la tecnificación de las unidades productivas más modernas implican la contratación de personas más educadas y también más jóvenes: los aprendizajes laborales previos tienen menor significación y aumenta el valor de la educación como capacidad necesaria para los aprendizajes específicos y para la adaptación a sistemas sociales y de producción más complejos en la fábrica.

Este acercamiento entre jóvenes estudiantes y obreros ya tuvo una expresión en los fenómenos de protesta social de Córdoba, Argentina, a fines de la década de los sesenta. La concentración en una ciudad intermedia de una gran masa estudiantil en gran parte no residente, más vinculada a la universidad y a la ciudad que a las familias, y una masa de obreros con peso juvenil en industrias tecnológicamente avanzadas que reclutaron una mano de obra más educada, produjeron en una situación de conflicto social y de poder, una revuelta social que selló el fin de la dictadura de aquella época.

La juventud ha adquirido un peso mayor en el cuerpo electoral en la medida en que se completó el ciclo de reducción de la edad de vigencia de la ciudadanía de 21 a 18 años, y en que se afirmó la participación electoral femenina, que es mayor entre las jóvenes que entre las mujeres de más edad.

Si se combinan esos efectos con la estructura de edades del cuerpo electoral y se considera que ciertas orientaciones del comportamiento político juvenil se mantienen prácticamente hasta cumplidos los treinta años, se puede concluir afirmando que el tramo de edad entre 18 y 29 años aporta alrededor de un tercio del electorado latinoamericano, que puede ser decisivo cuando existen opciones políticas contrapuestas en el eje bipolar cambio-conservación.

Tomando en cuenta la discontinuidad entre generaciones --muy grande en la educación y en algunos países igualmente significativa en la ocupación-- la participación electoral de los jóvenes urbanos comienza a tener rasgos distintivos en relación a las opciones de la generación adulta y en mayor grado con las de la tercera edad. En los procesos de democratización de varios países de la región, las encuestas de actitud electoral registraron una correlación importante entre la variable asociada educación/edad y ciertas opciones políticas. En ese sentido es significativo que la condición de educado joven tienda a establecer opciones

/políticas comunes

políticas comunes por sobre las diferencias de ocupación y status, y que tales opciones se caractericen por apoyar partidos o grupos con propuestas de renovación social.

La juventud es también un sector que consume selectivamente en materia de modas --música, vestimenta, productos culturales-- y en materia de ideas, porque las condiciones de la transición acelerada hacen que ciertas ideas sean acogidas en el grupo de edad joven para luego transmitirse a los grupos de edades mayores y no viceversa. Ciertos tipos de música como es la latinoamericana expresiva de identidad, de protesta o de sensibilidad, determinadas formas de poesía transformada en canción, o la reelaboración de formas musicales que provienen de países centrales (por ejemplo el rock) y que son reinterpretadas de acuerdo a temática y expresión cultural local, penetran en el consumo cultural de las sociedades a partir de su aceptación y difusión por los jóvenes. Situación similar se ha planteado con la literatura. El llamado "boom" de la literatura latinoamericana sería impensable si no se tuviera en consideración la demanda de lectura de las jóvenes generaciones ansiosas de establecer una identidad colectiva relacionada con las raíces culturales regionales.

Recapitulando, si se tienen presentes las discontinuidades de experiencia urbana, de educación, de formas de inserción en el mercado de trabajo, de experiencia sexual y de relación afectiva, y si a la vez se recuerda la orientación anti statu-quo de movilizaciones de grupos de jóvenes, y si todo este conjunto se contrasta con la débil capacidad de la sociedad y de las generaciones adultas en la vida familiar para socializar a los jóvenes, se puede concluir que podría estar registrándose un fenómeno de cultura juvenil cuyas expresiones más visibles son los consumos y las creaciones culturales que los diferencian llamativamente del mundo de los adultos. La mayor capacidad de adecuación al cambio, propia de los jóvenes, su mayor capacidad de innovación en la vida social, y el tipo de cultura de la que son portadores resultarían en una influencia de los jóvenes sobre la sociedad, la que a veces es aceptada y otras enfrentada.

La referencia al concepto de juventud plantea una serie de problemas teóricos y de práctica social. La noción misma indica una etapa biológica, y también una etapa entre las condiciones teóricas de reproducción biológica y producción social y las efectivas de constitución de familia y de asunción de

/roles de

roles de producción, ya sea trabajo o producción como actor autónomo de relaciones sociales. En ese sentido se trata de una categoría cuyos miembros dejan de pertenecer a ella con el tiempo, y que está sujeta a permanente renovación de sus efectivos. Los jóvenes como tales están tan estratificados como la sociedad a la que pertenecen y la mayor o menor integración interna que permita conformar un grupo social en principio es correlativa a la existente en la sociedad global. La segmentación cultural dependerá del carácter integrativo o no de los sistemas educativos; donde éstos logran un máximo, los códigos culturales básicos serán compartidos; donde el logro es mínimo, la distancia se mide por la polarización entre analfabetos y altamente educados. La menor discontinuidad o polarización social entre estratos sociales de jóvenes está correlacionada con la distribución de ingresos, de poder y de capital cultural en la respectiva sociedad y ello se manifestará en el desarrollo físico, en la minimización de las diferencias étnicas, en la existencia de espacios urbanos comunes por oposición a segmentados, etc. En pocas palabras, según si predomina la condición de clase social y más aún de segmento social, o la condición de integración nacional o societal, el concepto de juventud está determinado por la adjetivación de juventud marginal, obrera, de clase media o de clase alta, o, por el contrario, tendrá una cierta validez como condición definitoria de una categoría que puede llegar a ser un grupo con identidad y conciencia de pertenencia.

Otra forma de considerar la conceptualización consiste en analizar en qué condiciones se establecen las definiciones entre el "nosotros" y el "ellos", es decir, ver si la sociedad define a los jóvenes como tales con independencia de otros indicadores de status, y si los jóvenes se autodefinen a sí mismos como un grupo social con mayor interacción entre sí que con las generaciones adultas. En caso positivo ello podría suponer la existencia de resistencias sociales a la participación de los jóvenes, o la noción de que constituyen un universo en sí, relativamente autónomo respecto del accionar social.

La existencia de "barreras" entre generaciones tendría una vigencia mayor en una sociedad en transición. Al ser débiles las capacidades de socialización e insegura la imagen de futuro de las sociedades, los grupos de mayor edad y dominación social tendrían menor capacidad de integración, y esto dejaría un amplio campo a las identidades establecidas por los jóvenes en relación a principios políticos o culturales. En la medida en que la contestación al

/sistema social

sistema social tuviera, como tiene en América Latina, amplia base en lo insatisfactorio de su funcionamiento (desde la atención de necesidades básicas a la racionalidad de sus orientaciones), los jóvenes podrían ser percibidos como amenaza al sistema: no sólo en relación a los grupos de cúpula, sino también con los adultos de diversos grupos sociales, que se sentirían amenazados por la más alta formación de los jóvenes y por ser éstos portadores de valores culturales que, dada la velocidad de la transición estructural, son necesariamente discrepantes de los de la generación adulta.

La relación de los grupos dominantes con la juventud, y en consecuencia la percepción difundida por los medios de comunicación de masas, ha adquirido un sesgo de polarización debido a los conflictos políticos en torno a las opciones básicas del desarrollo societal. En sociedades en que la articulación explícita de clases subordinadas con partidos políticos ha sido escasa; en que la definición de sindicalismo como opción de revolución fue poco frecuente y se vio sustituida por una reivindicación de ingresos y de servicios sociales a veces más corporativa que clasista, y en que, por último, han pesado más en los procesos sociales los movimientos sociales y el Estado que las clases sociales en cuanto tales, ciertos movimientos de juventud (como los de estudiantes) o ciertas opciones de sectores de juventud en términos de lucha política o militar, han tenido un desproporcionado poder político y social, dada la falta de identidad y de organización de los otros grupos sociales.

Esos movimientos políticos pueden explicarse relacionándolos con la crisis de las clases medias en la transición de las estructuras sociales de América Latina o con el papel de la ideología en sociedades no cristalizadas y susceptibles de diversos tipos de cambio hacia diferentes "posibles", que en forma voluntarista se quieren transformar en "probables". Sin entrar en ese análisis ni en una valorización de los proyectos políticos, puede sí registrarse que esos conflictos son manifestación de la crisis de los sistemas sociales y del antagonismo respecto a su futuro. Pero es evidente que ese conflicto ha sido protagonizado por sectores de jóvenes, y que desde los grupos de poder se ha difundido una percepción que identifica a los jóvenes, globalmente, como amenaza social. Sin duda esto ha sido diferente según los países, pero en un número considerable de ellos, en forma permanente o coyuntural, los conflictos de este tipo aparecen en el escenario político de los últimos 25 años.

/El tema

El tema del conflicto introduce otra duda: si el accionar de grupos de jóvenes puede identificarse con la representación de la juventud, y si puede expresar las aspiraciones de la sociedad o de una clase social en particular. Aparentemente, los movimientos sociales de juventud universitaria o la acción política de grupos de jóvenes de clases medias, definibles por un sesgo intelectual tienen una alta capacidad para asumir la representación de la sociedad civil contra el Estado en determinadas circunstancias: cuando éste tiene caracteres de dominación autoritaria de un grupo particular impuesto por medios coercitivos y carente de algún tipo de legitimación; cuando el conflicto se plantea entre la identidad nacional y el dominio externo, o finalmente cuando expresa la oposición de pueblo --con todas las imprecisiones del caso-- a oligarquía o minoría excluyente. En estas líneas de antagonismo, los grupos de juventud frecuentemente logran en primera instancia una adhesión juvenil que traspase los límites de las clases y de los grupos sociales, movilizando posteriormente a las generaciones adultas.

La capacidad de asumir, por parte de los jóvenes, la representación de una clase o de un grupo estratificado ha sido baja cuando se ha tratado de la clase obrera o de los campesinos; en cambio, ha sido enorme en el caso de la clase alta o de grupos superiores específicos en cuanto a ideología u otra filiación. En estos últimos ámbitos, los sectores juveniles han tenido gran capacidad para dinamizar y representar al grupo respectivo.

Lo anterior introduce el tema de las relaciones entre masa de jóvenes y élite juvenil, que no es cualitativamente diferente al de la relación entre vanguardia política y clase obrera o entre élite dirigente y clase dominante respectiva. En todos los casos se plantea que la homogeneidad del sector representado es relativa, y que es la ideología y la acción de la élite o vanguardia la que confiere sentido de unidad al agrupamiento, en el caso que dicha élite logre asumir y dar contenido a ciertas tendencias de la identidad grupal y que su representación no sea disputada por otras élites de ideología diferente.

Parafraseando a François Furet (Penser la Révolution Française, Ed. Gallimard, 1978) se podría decir que en América Latina las sociedades ya están muy desarrolladas como para ser mantenidas en el silencio y la obediencia al Estado; están desprovistas de canales regulares de representación y bloqueada

/la emergencia

la emergencia de élites diferenciadas que aseguren las expresiones específicas de los distintos grupos sociales. En consecuencia, en el pasado para algunos países y en el presente para otros, la sociedad se percibe como un colectivo abstracto, la nación, que busca en los jóvenes representantes también abstractos; en la imposibilidad de un debate sobre la gestión, éstos plantean el debate sobre los fines y valores de la sociedad, apelan más a la ilusión de la política que a lo cotidiano de la misma, y pueden asumir el absoluto de la representación del "pueblo", como conjunto de lo social, con un discurso de la opinión, lo que se encontró en el movimiento estudiantil universitario. De ahí su enorme poder político, lo circunstancial del mismo y el carácter de no viabilidad de traducirlo en toma y gestión del poder. A esto se podría agregar que en la medida en que las sociedades se diferencien y los distintos grupos asuman identidades propias con su representación respectiva, decaería el poder de convocatoria de la juventud universitaria.

En el pasado reciente, es decir, hasta mediados del presente siglo, el concepto de juventud y la percepción de una condición juvenil era sólo aplicable a la élite y a los grupos sociales que accedían a la educación prolongada. No existía propiamente un joven campesino ni una joven obrera; los jóvenes de las reducidas clases medias, por su parte, tenían "ritos de iniciación" que definían el pasaje de la niñez a la vida adulta (toda sociedad que insiste sobre sus ritos de iniciación está marcando claramente etapas, que en este caso eran, precisamente, la niñez y la vida adulta). ¿Qué era la juventud básicamente en América Latina? Era entonces la juventud "dorada", era la juventud de unos pequeños grupos superiores que podían darse el lujo de ser jóvenes, es decir, de tener ocio, tiempo, acceso a la formación y espacios sociales donde actuar. En lo político, las acciones de jóvenes eran muy elitistas. Tal vez el caso más destacado de acción elitista juvenil fue el fenómeno de los 'tenientes' brasileños: en una institución de características especiales, como son las fuerzas armadas, surgió un actor innovador y el grupo de los jóvenes tenientes que asumieron la representación de lo colectivo. También puede citarse el caso de la juventud reformista universitaria, en 1918, que en la Universidad de Córdoba proclamó su manifiesto "a los hombres libres de Sudamérica" anunciando que acababan de "romper la última cadena que, en pleno siglo XX, nos ataba a la antigua dominación monárquica y monástica". Este movimiento da inicio no sólo al más singular de

/los cambios

los cambios universitarios, sino también a la emergencia de procesos y partidos políticos de tanto peso en la región como ha sido y es el APRA en Perú, fundado en la década de los veinte a partir de movimientos estudiantiles. Córdoba era una ciudad provinciana; la juventud universitaria argentina apenas comprendía un 0.5% del grupo de edad joven en una Argentina en que la mayor parte de los jóvenes eran extranjeros inmigrantes o trabajadores manuales, con los cuales los universitarios no tenían en algunos casos ni siquiera comunicación lingüística. En ambos ejemplos las repercusiones políticas y sociales de esas élites fueron muy considerables y duraderas, y tal vez se produjeron porque la acción política de la juventud continuó siendo el quehacer de una élite organizada, en sociedades en que los otros grupos tenían escasa o nula organización. Esto permitió validar una memoria histórica del grupo, presentándola como memoria de la juventud y de la sociedad.

Las condiciones cambiaron totalmente en años más recientes. La juventud pasó a ser un "patrimonio" de otros grupos sociales; los símbolos exteriores de la condición juvenil (vestimenta, corte de pelo, etc.) no reconocen barreras de clases sociales en muchos países, los códigos culturales básicos ya permiten una comunicación entre los diversos estratos, y ciertas expresiones musicales convocan a todos los jóvenes por igual a los mismos espectáculos. Lo fundamental, sin embargo, es que en esta etapa de transición estructural se produjo una participación política mayor de la juventud, convocada por la magnitud de los antagonismos de las sociedades. Los grupos que dirigían las facciones ideológicas opuestas o los competidores en el espacio político en una situación de carencia de consenso y disputa por el poder convocaron a la juventud a participar como actor o sector de apoyo. Por eso la participación política juvenil asumió signos políticos opuestos y abarcó desde la derecha hasta la izquierda, y también diversas opciones religiosas o movilizaciones nacionalistas o pacifistas en relación a países vecinos. Pudo haberse tratado de ideologizarlos, "seducirlos" políticamente o manipularlos; en todos los casos, se trató de convocarlos, con lo que se legitimó su derecho a la participación política.

Este proceso tal vez tuvo su registro más destacado en ciertas corrientes revolucionarias expresadas simbólicamente en la obra de Régis Debray Revolución en la revolución. Sin referirnos a los aspectos ideológicos de

/esa obra,

esa obra, puede decirse que sostiene, a partir de la concepción del cambio por la vía militar o la guerrilla rural, el papel dominador de los jóvenes y su misión de conductores políticos de la sociedad, encuadrados bajo la dirección absoluta de un líder.

La intensa participación política de jóvenes en procesos revolucionarios, en guerrillas, en movilizaciones anti statu quo en las décadas del sesenta y del setenta, ha promovido a modo de reacción en años recientes, en los países que tuvieron un proceso político más conflictivo y en sociedades que son precisamente las que alcanzaron mayor diferenciación social, un fenómeno de desmovilización de la juventud o de integración en organizaciones, como los partidos, en las que los adultos retienen la conducción.

La desmovilización tuvo en algunos casos un sesgo coercitivo, como sucedió en los sistemas de congelación política. En otros, con anterioridad a la crisis económica de los años ochenta, se originó en el acceso irrestricto a los servicios de educación superior y a niveles de conocimiento adaptables a los diversos grupos sociales, para garantizarles la obtención simbólica de la titulación universitaria, y la posterior gratificación de abundantes oportunidades ocupacionales de ingresos elevados. En relación con esto, se pueden identificar expansiones educacionales que se ponen en práctica inmediatamente después de graves conflictos con sectores de juventud o de la difusión de la acción directa entre jóvenes universitarios, cuando no con posterioridad a una matanza de estos últimos.

En otros casos más, la desmovilización fue resultado de que la expansión de las oportunidades de movilidad social ascendente para sectores jóvenes, especialmente los más educados, fue tan intensa que estableció canales de integración e identificación con el sistema. Finalmente, en otros tipos de situaciones, la "fatiga" de movilizaciones frustradas y reprimidas actuó de consuno con la emergencia de condiciones de competitividad y de valorización del conocimiento técnico, lo que promovió un predominio de las orientaciones individuales en lugar de las colectivas.

En algunos de los casos indicados anteriormente, los estudios sobre la juventud de Cecilia Braslavsky ("Juventud y sociedad en Argentina"); de Rodrigo Parra, con la colaboración de Bernardo Jaramillo y de Olga Lucía González ("Juventud y sociedad en Colombia"), y de Felicia Madeira ("Juventud y sociedad en Brasil") muestran que la predisposición a la participación política de los

/jóvenes no

jóvenes no es necesariamente más alta que la de los adultos; que los mecanismos de desmovilización han provocado una apatía política, o que los mecanismos de incorporación de una economía muy dinámica se expresan en integración social de los jóvenes en torno a la movilidad y las expectativas de posesión de bienes de consumo sofisticados.

Mientras tanto, en otras subregiones y países de América Latina en los que se están manifestando los procesos de construcción simultánea de la nación, el Estado y las clases sociales, y en los que los desafíos del subdesarrollo implican ante todo opciones ideológicas y políticas, la juventud como entidad colectivizada, o bien ciertos sectores juveniles, asumen como definición de la condición de jóvenes los proyectos de transformación de la sociedad.

Sin embargo, si algo revelan las opciones de tipo "fundamentalista" de ciertos sectores de juventud movilizados políticamente, es precisamente la falta de integración y la crisis de las sociedades en que se producen.

La sociedad latinoamericana registró un ciclo de crecimiento económico y de cambio de las estructuras sociales cuya intensidad fue desigual según los países. Algunos, los de temprana modernización e inserción en las formas capitalistas mundiales, manifestaron una tendencia a bajo crecimiento y perfiles de "sociedad cristalizada", mientras que países de acelerada transición que registraron un cambio de sus estructuras sociales --con acelerada urbanización, radicales cambios en la distribución de la población activa e incrementos muy considerables de los niveles educativos, que hacen pensar en "mutación social"-- se acercaron a los primeros en cuanto a indicadores de modernización social. Otros, países grandes con alta tasa de crecimiento económico, registraron una modernización acelerada y desequilibrada, con cambio de una estructura social dominantemente agraria a una urbana e industrial, generando fuertes dicotomías entre polos de desarrollo y restantes regiones. Otros más, países medianos y pequeños, con crecimientos económicos irregulares a lo largo de la segunda mitad del siglo, tuvieron un proceso de modernización parcial, con importantes procesos de urbanización e integración, partiendo en la mayoría de los casos de conformaciones socioculturales de tipo segmentario originadas en las características de la dominación "colonial", lo que sigue ejerciendo sus efectos en la actualidad. Finalmente, en países de más bajo nivel de producto por habitante,

/generalmente pequeños,

generalmente pequeños, de fuerte predominio campesino y altos crecimientos poblacionales, la transformación capitalista ha sido muy focalizada o bien ha ido acompañada por graves confrontaciones sociales y una modernización social aún incipiente.

Las experiencias de la juventud han sido diferentes según su pertenencia a alguna de las cinco categorías de países indicadas; éstas han definido sus rasgos y establecido patrones de continuidad o segmentación interna, a la vez que desiguales grados de integración a la sociedad global. Cuanto mayor es la continuidad en lo que atañe a educación, distribución del ingreso, vías de participación para los jóvenes de los distintos grupos sociales, etc., mayores son las posibilidades de comportamientos e identidad comunes de los jóvenes; esto último también podría registrarse en sociedades fuertemente discontinuas, pero con procesos de "movimiento colectivo" derivado de altas tasas de crecimiento económico y acelerada transición estructural. La identificación como jóvenes surgiría en estos casos de las expectativas de movilidad individual percibidas como proceso colectivo y no como historia personal, con un referente común en los valores de la sociedad que está emergiendo.

Tanto en estas últimas sociedades como en las otras de transición a partir de relaciones sociales segmentarias, el problema del código de comunicación compartido entre los estratificados grupos sociales de jóvenes es determinante en la ausencia de homogeneidad, lo que podría llegar incluso a poner en cuestión la validez del concepto de juventud. Como ejemplo, basta evocar la situación de algunos países latinoamericanos en los que, en el tramo de edad entre 20 y 24 años, se registran de aproximadamente cada 6 jóvenes, uno analfabeto o con cero grado de escolarización y uno con algún grado de estudios universitarios o superiores, lo que implicaría una extrema dificultad de comunicación cultural entre los estratos de jóvenes. Sin embargo, esto no significa necesariamente una incomunicación política. El ejemplo de la movilización de los jóvenes en Nicaragua a fines de la década de los setenta, primero en un proceso político-militar y posteriormente en la cruzada de alfabetización, que trasvasó clases y condiciones culturales, podría demostrar que la comunicación política es factible.

La crisis económica de la región, iniciada en los años ochenta, muestra por una parte la extrema dependencia de las sociedades y políticas latinoamericanas ante los países centrales y a sus políticas para recuperar o consolidar

/su dominio

su dominio sobre la economía y el poder a niveles mundiales, y por otra, las características contradictorias del proceso de crecimiento económico y transición estructural de América Latina, que bloquearon la incorporación de toda la población al mercado como productora y consumidora y no lograron integrar sus circuitos de producción y consumo para asegurar un desarrollo autónomo, viable y socialmente equitativo.

Hoy más que nunca, en América Latina se plantean graves dudas sobre el destino de cada una de sus sociedades. No sólo es incierto el marco internacional inmediato; también lo es el desarrollo científico y tecnológico --que algunos califican de tercera revolución industrial-- en la medida en que aún no es prefigurable el perfil de la economía y de la sociedad que surge en los países centrales, y menos aún la forma de inserción de América Latina en el mundo o las formas de incorporación de esas transformaciones en sus economías y sociedades.

En el seno de las sociedades latinoamericanas, el estilo de desarrollo vigente en la etapa anterior se desplegó sin un marco de ideas y sin un horizonte de sociedad. Fue una etapa de difusión del modo capitalista sin una clase social similar a la burguesía, que lo asumió en los países centrales; en América Latina se introdujo una acumulación económica enorme --y también socialmente "salvaje"-- sin los valores del orden burgués respecto a reinversión y a racionalidad de comportamiento económico de acuerdo a fines y no a valores (recordando la clasificación de Max Weber), y sin proyectar tampoco la racionalidad productiva al desarrollo científico, a la educación, al Estado y al ordenamiento social. Ciertos grupos de cúpula que, con el dominio exclusivo del Estado, intentaban una modernización para introducir los mecanismos de innovación de las sociedades capitalistas avanzadas, apelaban simultáneamente en lo social y en lo cultural-ideológico a valores propios de sociedades preindustriales. Una extraña fusión de lo moderno y de lo arcaico, de lo capitalista y lo oligárquico --que ya fuera analizada para períodos anteriores por Florestan Fernández y Gino Germani, entre otros-- caracterizó al período; lo moderno se registraba en la planta industrial tecnológicamente de nivel internacional, mientras que lo arcaico dominaba en un sistema político cerrado --con representación de grupos oligárquicos carentes ya de poder legitimador, o de grupos especulativos y refuerzo militar-- y en las orientaciones culturales y simbólicas emitidas desde esos mismos grupos.

/La socialización

La socialización de las nuevas generaciones en ciertos valores, o la adjudicación de sentido a un proceso de transformación que carecía de una base teórica y de legitimación como para obtener un consenso social, resultó imposible en la mayoría de los casos. La identidad nacional, que supondría un sistema ampliado de participación, fue sustituida en lo inmediato por un sistema de medios de comunicación de masas con penetración creciente y dominante en la población. La satisfacción de condiciones mínimas y homogéneas de alimentación, educación, salud y vivienda fue sustituida por asignaciones estratificadas y excluyentes, mientras que la homogeneidad fue proyectada a las expectativas de consumo de ciertos tipos de bienes sofisticados que, de acuerdo a los niveles de ingreso, se incorporaron a los patrones de vida de todos los grupos sociales. La participación en el poder político, en la definición de las orientaciones sociales a través de auténticos mecanismos democráticos, sólo se mantuvo en forma regular en un reducido número de países; en su lugar, la "privatización" del Estado en beneficio de ciertos grupos, la proclamación del antagonismo social como clave de las relaciones internas o la noción mesiánica de ciertos grupos sobre su presunto derecho a imponer a las sociedades sus orientaciones, constituyeron algunos de los remedos de un ordenamiento político consensual.

En el plano de las orientaciones culturales, en el sentido antropológico de la expresión, las contradicciones no han sido menores. Se multiplicaron las ciudades y su población, y emergieron los rasgos materiales y los problemas ecológicos de asentamientos urbanos masivos; sin embargo, no emergió la cultura de las ciudades. Desde la noción romana de civitas --raíz de civilidad y civilización-- la ciudad estuvo asociada a la creación de un tejido social de comunicación, de espacios sociales apropiados para la interacción, de diferenciación social progresiva y solidaridad a través de valores y normas internalizadas, de progresiva y diversificada expresión cultural, lo que supone instituciones básicas de formación ciudadana y canales regulares para su posterior desarrollo. Lejos de ello, la explosión urbana de América Latina señala una yuxtaposición de segmentos sociales y la destrucción de ámbitos de integración comunitaria.

Paralelamente, las relaciones humanas, en el plano más profundo de las relaciones entre los sexos y entre generaciones en el ámbito de la familia, de hecho se modifican, mientras persiste un cuadro de valores tradicional,

/muchas veces

muchas veces sostenido por legislaciones incongruentes con la realidad social, pero congruentes con valores de modelos de sociedad ya periclitados. La condición femenina se modificó por el acceso a niveles educativos equiparables a los masculinos, por la incorporación creciente al mercado de trabajo en posiciones que no son, como antes, proyección del rol sexual, por la difusión de métodos de planificación familiar que permiten distinguir entre la relación erótica y la reproductiva. Sin embargo, esos cambios, aún incipientes para ciertos grupos sociales, se están produciendo en sociedades que conservan pautas dominantes masculinas, formas de expresión y pensamiento que privilegian la voz de un sexo, formas de relaciones familiares autoritarias, reproducción por la vía familiar de modelos de existencia femeninos de la pasada sociedad, etc. Todo ello hace que la condición de la mujer joven --en la que se proyectan a la vez el cambio y la tradición-- sea desde una perspectiva psicosocial un espacio de contradicciones y de búsqueda de alternativas. Por el momento, esta búsqueda es de tipo individual, pero puede asumir carácter colectivo, e incluso transformarse en principio de la acción de un grupo que llegue a ser actor social.

A un ciclo de profundas transformaciones estructurales y de cambios en términos de modernización, que se ha procesado con contradicciones, inclusiones y exclusiones, integración y segmentación, sin una orientación de futuro para los grupos que han participado del mismo, se ha superpuesto una crisis económica que afecta todas las dimensiones de la sociedad.

En América Latina, la juventud o las juventudes existen y se expresan en esta doble crisis de la transición y del fracaso de los modelos de desarrollo. Ciertas tendencias establecen presiones hacia comportamientos condicionados por las características de la crisis, mientras que otras impulsan hacia la definición de la juventud como actor social contestatario de un ordenamiento que trata de mantener el estilo de desarrollo anteriormente vigente. No se trata de desempeñar el papel de Casandra; sin embargo, es legítimo señalar que existen condiciones para que la juventud, o algunos grupos de la juventud con capacidad de movilización, tengan un papel relevante en la transformación y superación de la doble crisis de las sociedades latinoamericanas.